

DECIMOSEGUNDA

LA MUERTE Y EL CABALLERO

Dijo la muerte al pasajero:

-Ya que viajáis solo, caballero, y en mi misma dirección, ¿me permitiréis disfrutar de vuestra compañía y, al mismo tiempo, os serviréis acoger con benevolencia mis sinceros deseos de amenizar un viaje que se anuncia largo?

-No pertenezco a la clase de hombres comunicativos -repuso el caballero- y mi carácter huraño me impide trabar lazos de amistad. Carezco de ingenio y de conversación y mis escasos conocimientos de la naturaleza sólo permiten abrigar unas opiniones, casi todas ellas desacertadas. Por lo general, sólo tengo palabras para expresar mi desagrado por cuanto me rodea y mi profundo desánimo respecto al futuro. Por consiguiente, no esperéis de mí tratos amenos.

-Yo tampoco soy un dechado de simpatía -contestó la muerte-. Pero puesto que la fortuna nos ha deparado un mismo itinerario y un talante parecido, creo que podemos aprovechar esta doble e inesperada coincidencia para hacer más soportable la travesía. Si me permitís este rasgo de curiosidad, ¿cuál es vuestro destino, caballero?

Ante esta pregunta, el caballero, con cierto asombro, pero con gesto de seguridad, repuso:

-Sin duda, el mismo que el vuestro, señora.

Durante toda la travesía la Muerte, acostumbrada desde siempre a despertar sentimientos intensos -de horror, de miedo, de curiosidad, de respeto, incluso de atracción y de piedad-, se sintió muy mortificada por la educada indiferencia del caballero hacia ella y en más de una ocasión tuvo que apelar a su amor propio para refrenar una creciente y no correspondida pasión. Cuando tocaron puerto, el caballero se dirigió a la Muerte con estudiada cortesía:

-Ya que nos encaminamos hacia el mismo destino, y en pago a vuestras numerosas intenciones durante la travesía, ¿me permitís que os ofrezca un asiento en mi carruaje?

A punto estuvo la Muerte de rechazar la oferta del caballero, pero su creciente interés por él pudo superar todas sus reservas. En el muelle apareció una carroza fúnebre, tirada por dos troncos de robustos caballos, conducida por un postillón de inquietante aspecto. Le fue ofrecido asiento en el pescante -que la Muerte aceptó un tanto asombrada, pero sin atreverse a rechistar- y antes de acomodarse en el ataúd, el caballero ordenó:

-A casa.

Tras una larga jornada de viaje en que la Muerte no pudo abrir la boca, la carroza se introdujo en un pequeño y húmedo cementerio de aldea, cuyas cancelas de hierro forjado abrió un octogenario sepulturero que, con una escoba de ramas, barría las hojas muertas; luego se detuvo ante la portada abierta de un sobrio y elegante panteón en bastante mal estado, su roca descompuesta invadida por el liquen y la hiedra.

-Permitidme, señora, que os ofrezca -dijo el caballero a la Muerte, al ayudarla a apearse de la carroza- unas jornadas de descanso en mi mansión para restableceros de las fatigas del viaje.

La Muerte dio un paso atrás, un tanto temblorosa, ante la estrecha escalinata en sombras que descendía hacia la cripta.

-Es un lugar especialmente adecuado para disfrutar de los goces del amor, el descanso y la frescura -explicó el caballero, invitándola con toda delicadeza a entrar la primera.

La Muerte tuvo un escalofrío.

-Este lugar trae a mi memoria recuerdos de infancia muy tristes -protestó débilmente, sobrecogida por el miedo.

-¡Oh, no temáis! Los placeres que os voy a dispensar os harán olvidar las más intensas experiencias pasadas, de cualquier signo que sean.

-¡Atrás! -rugió la Muerte horrorizada-. ¿Se puede saber por quién me habéis tomado?

-Por una cualquiera, naturalmente. ¿Acaso una verdadera dama aborda a un caballero como lo habéis hecho durante toda la travesía?

Horrorizada, ofendida y blanca de ira, la Muerte se soltó de la mano del caballero con un enérgico golpe y abandonó el cementerio. Y así, por segunda vez, dejó aquel lugar que ya había visitado en otra ocasión, aunque hacía tanto tiempo que no podía recordar. Cuando el caballero -extrañado pero sereno, y en modo alguno resentido- se acomodó en su sepulcro, cruzó las manos sobre su pecho y bajó los párpados, no pudo menos de decir para sí:

-¿Quién se habrá creído que es?

Juan Benet (*Trece fábulas y media*, 1981)